

la gloria mesiánica en vida todavía de Antonio y de Cleopatra, esperanza motivada seguramente por la vida disipada y derrochadora de la reina de Egipto y por los horrores de la guerra civil romana. Esto resulta clarísimo si se eliminan las añadiduras posteriores:

«Cuando el poder romano se extienda sobre el Egipto, uniendo ambos imperios en uno solo, entonces se levantará entre los hombres el imperio mayor de un rey inmortal. Entonces reinará entre los varones latinos odio inexorable; tres de ellos perderán á Roma por desgracia de Roma.»

A juzgar por el principio de este trozo, podría creerse que la poesía hubiese sido escrita despues de la muerte de Cleopatra, pero á esta suposición se oponen: primero la expresión «uniendo ambos imperios en uno» que indica una unión pacífica, y segundo la mención precisa de la contienda de los tres varones que pierden á Roma, es decir: Octaviano, Antonio y Lépido.

A estos versos sigue una multitud de interpolaciones, ya del tiempo del reinado de Herodes, ya del de la erupción del Vesubio por el año 79 de nuestra era (estas últimas interpolaciones de origen cristiano), y solamente despues viene el final, que corresponde á los versos citados y que alude á Cleopatra:

«Cuando todo el mundo esté dominado por una viuda y ella arroje oro y plata á las aguas sagradas del mar y el bronce y hierro de los humanos de existencia fugaz á las olas, entonces llevarán luto como viudos todos los fuertes del mundo, cuando Dios en su trono elevado sobre el éter arrolle el cielo como se arrolla un libro.»

A esto sigue una descripción extensa del fin del mundo.

Mayores son las adiciones que el libro de Enoc recibió al parecer en la época de que tratamos, pues un gran escrito de Enoc, los llamados *Discursos metafóricos*, son probablemente del tiempo de Herodes, á juzgar por la profecía de que la postrera embestida contra la ciudad de Dios había de proceder de los partos, lo cual induce á suponer que este pueblo y su invasión hacia el Occidente eran conocidos de los judíos cuando aquella profecía fué redactada. Por otra parte, del uso sencillo que el autor hace de la frase: «el hijo del hombre» para designar al Mesías, se deduce que escribió antes de la aparición de Jesucristo. La primera impresión que producen estos discursos metafóricos no es agradable; las ideas expresadas en ellos no forman un conjunto ordenado y conexo, si bien van encerradas en un marco común. Empiezan los discursos con una breve introducción en la cual Enoc, cuyo origen se eleva hasta Adán, declara que quiere revelar á sus descendientes la ciencia que le fué comunicada por el Señor de los espíritus, á él, primero de todos los hijos del hombre. Despues de este exordio expone la ciencia en tres discursos metafóricos. El primero empieza tratando del lugar donde estarán los impíos en tiempo del juicio final, pero en lugar de contestar á esta pregunta en términos precisos, solo habla de un trastorno de los poderes terrenales y acaso quiere indicar el aniquilamiento de los impíos en aquel tiempo. Despues vuelve este discurso á la historia de la caída de los ángeles, á la cual el libro de Enoc alude con tanta frecuencia y menciona en particular que Enoc estuvo encargado de anunciar á los ángeles su juicio. Sigue una descripción brillante de la morada de los bienaventurados, donde Enoc oye á los ángeles orando por los hombres y alabando á Dios, y vé entre las innumerables huestes de Dios á los cuatro arcángeles: Miguel, Rafael, Gabriel y Fanuel, nombres que no son enteramente idénticos á los citados en otras partes del libro de Enoc. Una cosa particular de este último escrito de Enoc consiste en que dice que el segundo arcángel alaba al escogido y á los escogidos que el Señor de los

espíritus ha pesado. Este escogido tan marcadamente separado de los demás escogidos, no puede ser sino el Mesías; y así por la manera misteriosa de designarle, como por no decirse nada de él al hablar de las esperanzas del porvenir de Israel, se conoce desde luego que esta figura del Mesías era para el autor de los discursos metafóricos una entidad mucho mas precisa y determinada que para el autor de los salmos de Salomón. El elegido del discurso metafórico es alabado ya en el cielo; antes de aparecer entre los hombres existe ya para los ángeles, y del contexto resulta claramente que las alabanzas de los ángeles no se refieren á la aparición futura del elegido en la tierra.

Fácil es de explicar el desarrollo que tuvo la idea del Mesías en la época que medió desde Pompeyo hasta Herodes. El dominio extranjero y la ruina y exterminio de los Asmoneos eran dos factores muy propios para avivar en gran manera la esperanza en el prometido rey de Israel; y la presencia de Herodes en el trono explica muy bien que al hablar del Mesías se hiciera en términos enigmáticos para no despertar la suspicacia del sanguinario idumeo. Por las mismas razones se explica también por qué el primer discurso metafórico, despues de describir las funciones de los cuatro arcángeles, habla muy ligeramente del juicio en el cual serán pesados los actos de los hombres y á consecuencia del cual los pecadores serán expulsados de las moradas de los elegidos y santos; y como para hacer olvidar lo poco que acaba de decir, vuelve el autor á aglomerar á renglón seguido toda la ciencia natural acumulada en partes anteriores del libro de Enoc respecto de los rayos, del trueno, de los vientos, de las nubes, del rocío, del granizo y de la niebla, y también del curso del sol y de la luna, pasando por medio de un giro hábil á una nueva mención del juicio de Dios. Enlazando con este último giro continua el discurso diciendo en pocas palabras que la sabiduría y la injusticia buscaron una vez un sitio en la tierra donde establecerse; que la sabiduría no lo encontró y que se volvió entre los ángeles, pero que la injusticia fué recibida por los hijos de los hombres con tanta alegría como el desierto recibe la lluvia. Siguen á esto otros datos astronómicos pero que bajo el punto de vista científico no tienen importancia para el autor del libro, que principalmente se cuida de las cuestiones religiosas y morales, y para el cual la regularidad de los fenómenos celestes es una imagen de la constancia religiosa de los justos. Pero á fin de que ni esto pueda excitar la susceptibilidad de oídos pecadores, lo encubre añadiendo el dato de que los relámpagos nacen de las estrellas. Con esto concluye el primer discurso metafórico, que en realidad ha llamado la atención de sus lectores sucesiva y disimuladamente sobre el castigo de los pecadores y la recompensa de los justos, sobre el Mesías y el juicio, y al concluir exhorta á la constancia religiosa. Si el autor encubrió esta serie de ideas bajo una envoltura científica fué indudablemente por atención á un pecador á la sazón poderosísimo.

Mucho mas claro es el segundo discurso metafórico, que trata francamente de «los que reniegan del nombre de la morada de los santos y del Señor de los espíritus.» A estos les anuncia que ni subirán al cielo ni estarán sobre la tierra (el día del juicio final) sino que serán guardados para el día de los tormentos y de la aflicción. Nótese que antes jamás ha figurado entre las esperanzas del porvenir la subida al cielo, porque en otro tiempo estas esperanzas se cifraban en la bienandanza de Jerusalén y su comarca. En el libro de Enoc y en toda la literatura de Enoc no hace ningún papel la nacionalidad; al contrario, el autor se interesa solo por las cosas del otro mundo y por esto los discursos metafóricos trasladan las moradas de los bienaventurados de la tierra al cielo como

ya se ha visto en el primer discurso. Mas adelante veremos que las ideas filosóficas que recibió el pueblo judío por la vía de Alejandría fueron un grande impulso para que naciera y se desarrollara el concepto de la bienaventuranza venidera. Al discurso contra los impíos sigue la descripción del establecimiento del reino mesiánico, en la cual habla Dios en persona; pero lo singular es, que no es él sino el elegido, es decir, el Mesías, el que está sentado en el trono de la gloria y debe hacer la elección. A su vista cobran vigor los justos fieles á la ley. El elegido, despues de la elección, vive entre los justos; Dios transforma el cielo y la tierra para la bienaventuranza de los devotos, y ninguna parte tienen en ella los pecadores y delincuentes.

Relacionado estrechamente con lo último, ve Enoc un individuo de cabeza anciana y á su lado otro «cuya faz era como la de un hombre y lleno de gracia era su aspecto como el de un ángel santo.» En este pasaje es evidente la alusión á la conocida visión del libro de Daniel; por lo mismo habla Enoc de este personaje llamándole «hijo del hombre,» y en el concepto de ser el mismo Mesías. Al preguntar Enoc al ángel que le acompaña quién es este personaje, le responde el ángel que «este hijo del hombre poseía la justicia y que revelaba todos los tesoros ocultos, porque le había elegido el Señor de los espíritus.» Con esto queda establecida su identidad con el elegido de Dios, y de él dice el autor que causará inquietud á los reyes (los poderosos) y que machacará los dientes de los pecadores. Esta equiparación de los reyes con los pecadores explica la forma extraña de estos discursos metafóricos, pues que los oráculos contra poderosos necesitan ser cubiertos de un velo para no ser suprimidos. No deja de ser muy claro en este pasaje: «Echará á los reyes de sus tronos y de sus reinos porque no le ensalzan ni le glorifican ni reconocen, agradecidos á quien les dió el reino;» pero por otra parte es tan general el anuncio que no parece dirigido contra una casa reinante determinada; y como el autor continua diciendo de estos reyes que ponen su fe en los dioses hechos por ellos con sus manos, la amenaza puede aplicarse á todos los reyes paganos. Sin embargo las frases que siguen: «han renegado del nombre del Señor de los espíritus,» obligan á pensar en reyes que conocían el nombre del Dios de Israel y que por lo mismo tenían obligación de adorarle y servirle, y entonces hay que fijarse ante todo en Herodes que en todas partes fundaba ciudades paganas con templos de dioses paganos y con sus fiestas, escandalizando así á las conciencias judías. Solo aplicada á Herodes tiene sentido la siguiente excomunión: «Serán expulsados de las casas de su congregación y de los fieles.» Era, pues, Herodes el que había de ser excluido de la sinagoga. Veamos ahora el trozo que sigue y que explica cómo alcanzará el juicio á los reyes pecadores. La oración de los justos y la sangre de las víctimas se unen á las súplicas de los santos que moran en el cielo y llegan ante el Señor de los espíritus. Entonces se sienta el personaje de la cabeza anciana en el trono de la gloria, se abre el libro de los vivos, toda la corte celestial rodea el trono y los justos se alegran por haber sido oídas sus oraciones. Entonces ve Enoc la fuente de la justicia y de la sabiduría, de la cual beben todos los que tienen sed, y los que de ella han bebido tienen su morada entre los santos y elegidos. Dicho esto, es llamado aquel hijo del hombre ante el personaje anciano, y sigue una profecía mesiánica muy nutrida, á saber: Antes de la creación de los astros fué llamado el hijo del hombre ante Dios; antes de la creación del mundo fué elegido y ocultado ante Dios y así lo será eternamente. Es decir, que en esta profecía no solamente se da al Mesías un porvenir eterno, sino que parece ser también la primera de las criaturas de Dios. Verdad es que la profecía

nos deja en la duda de si el elegido fué creado individualmente ó si solo existió en el pensamiento de Dios antes de la creación de los astros y del mundo; pero difícilmente pensó el autor del discurso en semejante distinción, pues según la manera de pensar griega, y en particular platónica, de aquella época, era real y positivo en el mas alto grado todo lo que existía en el pensamiento de Dios. Esto, sin embargo, no impedía que la preexistencia estuviese oculta, aunque no para todos, pues el discurso dice: «La sabiduría del Señor le ha revelado á los santos y á los justos;» y en su preexistencia vela por la suerte y salvación de los justos: «Vela por la suerte de los santos porque odiaron y despreciaron este mundo de la injusticia y todas sus obras y caminos, en nombre del Señor de los espíritus; pues en su nombre son salvados y él es el vengador de su vida.» Si notable y sorprendente es esta actividad del Mesías antes del tiempo mesiánico, mas lo es la posición que el autor le designa entre Dios y los elegidos. Esta posición resulta ser evidentemente en la mente del autor la de representante de los justos ante Dios, que antes que á nadie amó á él, y el Mesías cuida de la salvación de los elegidos. Se ve, pues, que del judaísmo nació antes de la venida de Jesucristo la idea de que el Mesías era abogado de los justos cerca de Dios, ya que no hay absolutamente razón alguna que autorice para atribuir este escrito á un autor cristiano ni siquiera á un autor influido por el cristianismo, mientras que todos los indicios son de que el autor era judío.

La descripción de la misión futura del Mesías está en un todo conforme con su actividad anterior, pues el discurso dice: «Será el báculo de los justos y santos, á fin de que en él se apoyen y no caigan. Será la lumbrera de las naciones y la esperanza de los afligidos. Prostraránse ante él y le adorarán: cuantos viven sobre la tierra, y glorificarán, ensalzarán y cantarán alabanzas al nombre del Señor de los espíritus.»

Al comparar esta profecía mesiánica con la de los salmos salomónicos y aun con los sibilíticos de que hemos hablado hace poco, se presenta clara y evidente la diferencia capital que existe entre las dos profecías. En la de que ahora tratamos el Mesías ya no es presentado como rey, y si está sentado en el trono de la gloria, es como juez y no como rey y soberano, del cual solo conserva la misión y las funciones de juez. Por lo demás solo es el báculo y apoyo de los piadosos, que pueden confiar en él; y si esta idea es tomada de la imagen de un rey perfecto, no se ve en este discurso la señal principal de la dignidad real del Mesías, á saber, su relación con su pueblo, el de Israel; pues este Mesías, hijo del hombre, se interesa por los santos, los justos, los elegidos, pero no exclusivamente de un pueblo ni de una comunidad; es mas bien el foco en torno del cual se junta una comunidad nueva. Y como á consecuencia de la corriente á favor de la ley, tan poderosa desde Esdras, la confianza en la salvación de los israelitas no estribaba meramente en pertenecer al pueblo elegido, sino en el cumplimiento de la ley, sucedió que á la certidumbre antigua y ya quebrantada de ser salvado por pertenecer al pueblo cuyo rey era Dios, vino á reemplazar la esperanza de tener los justos cerca de Dios un procurador y mediador, elegido por Dios y destinado por toda la eternidad á esta misión desde antes de la creación del mundo.

Para explicar cómo el autor del discurso pudo llegar á este concepto del Mesías, hay que tener presente que ya en los salmos salomónicos el carácter material y político del Mesías-rey queda postergado por su misión religiosa y moral, si bien no aparece extinguida del todo la idea de una monarca material. Además hay que tener presente que ya en tiempo de Pompeyo existía un partido judío influyente que no



quería más rey que Dios, y que esta opinión, nacida en el reinado de los Asmoneos, no es probable que no existiera en el reinado de Herodes. La extensión y aplicación de la idea mesiánica a un tiempo presente en el cual el Mesías constituye el apoyo y consuelo de las almas religiosas y devotas, demuestran evidentemente que los fieles a fuerza de esperar la venida del Mesías, acabaron por creerle presente, sobre todo en aquellos tiempos angustiosos e inestables en que las almas piadosas necesitaban más que nunca un apoyo religioso firmísimo. Para ellas era un gran consuelo saber que si bien Dios tenía todavía oculto al Mesías, éste era ya visible para la fe, pues que Dios le había elegido antes de la creación del mundo.

Esta sorprendente idea del Mesías en los discursos metafóricos de Enoc demuestra también la fuerza e intensidad que tenía la esperanza en la venida del Mesías justamente en aquellos judíos que se mantenían ajenos a los sucesos y a las esperanzas de la política. A este trozo del discurso que trata del Mesías sigue una breve descripción del juicio de Dios sobre los reyes y poderosos de la tierra, y sin predecir el autor guerras ni victorias, anuncia simplemente la destrucción maravillosa de aquellos pecadores, diciendo: «Como la paja en el fuego arderán a la vista de los justos y como el plomo en el agua se hundirán a la vista de los santos, y no se encontrará vestigio de ellos,» lo cual les sucede «porque han renegado del Señor de los espíritus y de su unguento.» Esta frase «renegar del Señor y de su unguento» se refiere evidentemente al tiempo anterior en el cual los reyes no participaron de la esperanza mesiánica del pueblo ni se condujeron conforme a ella, lo que induce a pensar involuntariamente en Herodes y su familia.

La amonestación para que las personas se preparen a la venida del Mesías conduciéndose como los justos y los que creen en Dios y en él, es una idea completamente nueva para el tiempo que nos ocupa y sobre todo importantísima. Sigue al trozo citado una alabanza primero del Señor de los espíritus y después de su elegido, respecto del cual dice: «Ha resucitado ante el Señor de los espíritus; su magnificencia dura de eternidad en eternidad y su poder de generación en generación. En él mora el espíritu de la sabiduría... Nadie podrá proferir ante él palabras vanas.» Aquí el autor atribuye al Mesías existencia eterna junto a Dios, plenitud de poder y sabiduría infalible. A este trozo sigue otro relativo al juicio venidero, en el cual sienta el autor la doctrina de que los pecadores podrán ser salvados por la misericordia de Dios, si bien sin recibir honores; pero en otra oración se niega esta doctrina, y sigue el autor entonces hablando de la resurrección general, después de la cual el elegido, sentado en el trono, escogerá los justos para salvarles, en cuya ocasión «saldrán de los pensamientos de su boca (que dirá) todos los secretos de la sabiduría.—Se alegrará toda la naturaleza, las montañas y collados; los justos se volverán ángeles en el cielo.» No es, sin embargo, de suponer que la expresión *en el cielo* signifique aquí el sitio de la bienaventuranza futura en contraposición a la tierra, sino que parece ser simplemente un dictado de adorno de los ángeles, por manera que toda la expresión solo viene a significar la forma de la existencia futura.

Hasta aquí el segundo discurso metafórico ha sido pura profecía, pero en adelante toma el carácter de los demás escritos de Enoc, el de la visión. Enoc es llevado al Oeste, donde ve seis montañas formada cada una de un metal diferente, y se le dice que aquellos metales preciosos de nada valdrán cuando venga el unguento. También ve un valle profundo que no pueden llenar todas las ofrendas que se hicieran al Mesías. Por otra parte ve a los ángeles vengadores pre-

parar instrumentos de martirio para los reyes y los poderosos, y añade el discurso: «Y después de esto el justo y elegido, en nombre del Señor de los espíritus, levantará la casa de su congregación, que desde entonces no encontrará ya impedimento.» Este pasaje del autor, cuyas tendencias son fariseas, expresa no solamente el deseo de ver renovado el templo, sino principalmente el de ver libertada la sinagoga de la tutela que sobre ella pesaba. Sigue una interpolación cuyo contenido nada tiene que ver con el del libro, y cuya eliminación no ofrece dificultad, hecho lo cual pasa el discurso a referir que Enoc ve un valle en el cual son atados los iníquos, y viene luego la descripción de la última embestida de los enemigos de Jerusalén, a saber los partos y medos, contra la ciudad santa, donde perecen. Esta idea parece ya inseparable del antiguo dogma mesiánico y por lo mismo no podía faltar tampoco en este discurso. La destrucción de los enemigos es efecto de la discordia entre sus ejércitos, es decir que aquellos perecen sin que para nada intervengan los justos, lo que pinta exactamente el carácter del autor. Finalmente el discurso describe la llegada de los hombres de todas las partes del mundo. Estas últimas descripciones son ciertamente más populares y están mejor adaptadas a las ideas antiguas que la profecía que las precede.

Es muy posible que este discurso sea obra de varios autores.

El tercer discurso metafórico trata, según dice su título, de los justos y elegidos, cuya bienaventuranza futura y perdurable pinta; pero luego queda interrumpida esta descripción con la relación de cosas maravillosas (los secretos del rayo y del trueno) que le fué permitido a Enoc ver y conocer. Aquí también se ha interpolado un trozo enteramente extraño al discurso y a todos los libros de Enoc. Eliminado este trozo, viene una descripción singular de la manera de practicarse la protección de Dios con que pueden contar los justos. Enoc ve ángeles con largas cuerdas, las llamadas cuerdas de los justos, y el discurso dice: «Estas medidas (las cuerdas) pondrán de manifiesto todo lo que esté oculto en las profundidades, y a los que han sido devorados por los peces del mar y por las fieras de la tierra, a fin de que vuelvan y se apoyen en el día del elegido, pues ninguno perecerá ante el Señor de los espíritus.» A esto sigue la descripción de las alabanzas que entonan a una voz todos los seres celestes al ver al elegido en el trono del Señor de los espíritus, y después vuelve el autor a repetir el juicio que aguarda a los reyes y poderosos en estos términos: «Le verán y conocerán como está sentado en el trono de su gloria y como son juzgados en justicia ante él los justos. Entonces se sentirán sobrecogidos de dolor.—Y los reyes, los poderosos y todos los que poseen la tierra glorificarán, ensalzarán y alabarán a aquel que estaba oculto y que reina sobre todo. Porque antes estaba oculto el hijo del hombre y el Altísimo le ha guardado en su poder y le ha revelado a los escogidos.» En este pasaje se supone también la preexistencia del Mesías. Las alabanzas tardías ya no sirven a los reyes pecadores, que son llevados de allí: «Serán un espectáculo para los justos y elegidos, que se alegrarán porque estará sobre ellos la ira del Señor de los espíritus, y la espada del Señor de los espíritus se saciará en ellos.» Esta descripción que el autor luego repite y amplifica no está inspirada por la caridad sino por la venganza, y la alegría del mal ajeno. De los bienaventurados dice: «El Señor de los espíritus morará sobre ellos y ellos morarán, comerán, se acostarán y levantarán juntos con aquel hijo del hombre de eternidad en eternidad.»

El final del libro de los discursos metafóricos de Enoc forma la descripción del castigo de los ángeles rebeldes, cuyas instrucciones han seducido a los hombres haciéndoles caer

en pecado; y concluye en estos términos: «Se sienta en el trono de su gloria, y es entregada al hijo del hombre la suma del juicio, y él hace desaparecer a los pecadores de la faz de la tierra, y a los que han seducido al mundo. Con cadenas son atados y encerrados en el lugar de la perdición donde se reúnen, y todas sus obras desaparecen de la faz de la tierra. Y desde entonces no existirá ya nada perecedero, pues ha aparecido él, el hijo del hombre, y está sentado en el trono de su gloria, y todo lo malo desaparecerá y se desvanecerá ante su faz; pero la palabra de aquel hijo del hombre valdrá ante el Señor de los espíritus.»

En los discursos metafóricos del libro de Enoc los reyes son los pecadores, y se comprende que esta idea naciera en tiempo de Herodes, ya por los escándalos sangrientos de su vida de familia, que en parte hemos referido y en parte referiremos más adelante, ya por las obras de arte y las demás obras pacíficas que este rey de Judea, amigo de Roma, ejecutó en su país. Parecía, en efecto, que la Judea había vuelto al tiempo de Antíoco IV, pues Jerusalén ostentaba un teatro y un circo y celebraba cada cinco años grandes fiestas con los juegos acostumbrados en la sociedad greco-latina. Había, por consiguiente, juegos gimnásticos, música, corridas de carros y de caballos, luchas de hombres con fieras, cuyo material en gladiadores y fieras raras hacía llevar el rey a la ciudad santa desde remotas tierras. El pueblo judío, en los últimos decenios de padecimientos había perdido su vigor y energía, y comprendiendo su impotencia, dejó hacer. Una conspiración de diez ciudadanos, que se propusieron matar al rey en el teatro, fué descubierta y los conjurados fueron ejecutados. El traidor que les delató fué encontrado después muerto y destrozado, lo cual enseñó a Herodes cuánto habría gustado al pueblo verle asesinado a él (1). Para alojar convenientemente su guardia de palacio construyó dos cuarteles en Jerusalén; renovó y mejoró el antiguo castillo en el Norte de la ciudad y le puso el nombre de Antonia en honor de su primer protector. En la ciudad alta al Oeste del Tiropeón (el valle de los queseros) construyó para sí un palacio a manera de castillo fuerte, cuyos dos cuerpos de edificio en honor del nuevo soberano y del vencedor de Accio se llamaron Cesareion y Agripeion. Pero la reconstrucción del templo de Jerusalén fué su obra arquitectónica más importante para el pueblo judío. A esta obra le debieron de impulsar varios motivos; por una parte le parecería pobre el templo antiguo en medio de la arquitectura griega de los edificios públicos modernos, pues tampoco había producido impresión en los que lo vieron en tiempo del rey de Persia Darío Histaspes, y este edificio era sin embargo el celeberrimo santuario único de todo el pueblo judío, diseminado hasta por tierras remotas. Dar a este santuario la belleza que merecía era cuestión de honor para el rey de Judea, que edificaba en las ciudades griegas de su reino templos paganos al estilo de su época. A ello le obligaba también el sentimiento religioso de sus súbditos, tanto más cuanto que había herido este sentimiento con muchos otros actos, desde que su padre y él mismo habían subido al poder bajo los auspicios del partido religioso hostil a los Asmoneos, tachados de opiniones saduceas y mundanas. Así, pues, pagó en cierto modo con la reconstrucción y el embellecimiento del templo una deuda de gratitud al partido devoto, que le había engrandecido a él y ensalzado a su familia. Pero la obra excitó justamente los escrúpulos del partido religioso porque se temió, y era natural

(1) Mucho irritó a los judíos la manera con que Herodes eludió en la construcción del teatro la prohibición de la religión judía de representar imágenes de seres vivientes, pues en lugar de estatuas adornó el edificio con trofeos, armaduras completas con visera calada, que para los judíos eran lo mismo que estatuas de personas cubiertas de armaduras.

que se temiese, que una vez derribado el templo antiguo, pudiera sobrevenir algo que impidiera la conclusión de la obra nueva. Herodes tuvo, pues, que esperar a emprender las obras hasta que todo el material en lo posible estuviese reunido y a punto de ser empleado. También fueron designados sacerdotes para las operaciones manuales, a fin de que solo manos sagradas tocasen el templo. Preparado todo, fué derribado rápidamente el edificio antiguo y reconstruido con grandes bloques de mármol blanco, que más adelante fueron revestidos en parte de grandes láminas de oro. El nuevo templo tenía, como el de Salomón, su entrada principal al Este, pero su altura era mucho mayor que la de los dos templos anteriores, pues mientras el interior del de Salomón medía 30 varas de altura y el de Zorobabel 60 varas, el de Herodes tenía 100, siendo su longitud también de 100 varas en vez de 60, que era la longitud del templo de Salomón. Según el testimonio expreso de Josefo, Herodes procuró unir en este edificio las formas de la basilica griega con los preceptos y ritos de la ley y del culto antiguo judíos. El interior del templo nuevo era análogo en lo más esencial al viejo. La gran nave central estaba dividida por una cortina en dos partes, el santuario, mayor, y el *sancta sanctorum* de menores dimensiones. Entrando por la puerta del Este se encontraba un espacioso atrio, del cual se pasaba a la nave central. En los tres otros lados estaba rodeado el templo de tres pisos de cámaras que juntos no llegaban a la altura del edificio central. En lo alto estaba el mirador. En ambos lados del atrio había edificios accesorios, por manera que mirado el templo por delante era un edificio muy ancho, mientras que mirado por detrás parecía un edificio muy estrecho. La parte escultórica era muy modesta, por efecto de la prohibición judía de representar seres vivos; por esto adornaba la cúspide de la entrada una gran vid de oro, cuya significación explica el salmo 80: «Hiciste venir una vid de Egipto; echaste las gentes y la plantaste.» Una noticia de la tradición dice que el oro regalado al templo posteriormente fué empleado en añadir a la vid de oro hojas y racimos del mismo metal (2). El pórtico estaba sostenido por columnas, y por la entrada abierta se podían ver los tapices de púrpura que colgaban delante de las puertas del santuario interior. El altar mayor delante del templo, que era una imponente mole de piedras no labradas, que medía en su base 34 varas en cuadro y cuya placa superior medía 24 varas en cuadro, quedó poco más o menos como era antes, si bien la anchura del espacio del templo enfrente tenía solo 20 varas sin contar los edificios accesorios.

Al Norte del altar, donde se degollaban las reses, había mesas de mármol, pequeñas columnas para colgar las carnes y algunas otras innovaciones, introducidas probablemente por Herodes, y también sería debida a él la disposición de varios edificios accesorios, como por ejemplo la casa en la cual dormían los sacerdotes que estaban de servicio, y desde la cual un pasillo subterráneo alumbrado artificialmente conducía al baño de los mismos sacerdotes. Todo el espacio superior que rodeaba en general el templo era solo accesible a los sacerdotes; pero enfrente de la entrada del templo y del altar por el lado del Este había un sitio para los hombres de Israel cerrado con una reja, desde donde podían ver los sacrificios, y en ciertos casos determinados por la ley podían entrar hasta el atrio de los sacerdotes. Viniendo del templo en dirección al Este se bajaba por una escalera en forma de

(2) Para honrar la soberanía de Roma hizo colocar Herodes una grande águila de oro sobre la entrada del atrio, se supone para que la pudieran ver también los paganos. Esto irritó mucho a los judíos, y más adelante veremos cómo esta imagen del dominio de Roma fué destruida en tiempo de Herodes.